

etcétera, abrir cauces de estudios serios sobre las características de nuestra Región como base de futuras planificaciones, y sobre todo, administrar los fondos de funcionamiento de los órganos regionales con un criterio de máxima austeridad, sin que por ello hubiera menoscabo de la dignidad necesaria en las acciones regionales realizadas. Así pues, las reducidas responsabilidades administrativas del Ente Preautonómico, fueron adecuadamente atendidas con voluntad y entrega por un equipo reducido de Consejeros y responsables, que dieron ejemplo en todo momento de saber armonizar los cometidos de su función con la austeridad de los recursos económicos y humanos de que dispuso la Región.

Y quiero aquí destacar la figura del Presidente de esta etapa de Gobierno Preautonómico, don Antonio Fernández Galiano, con cuya recta y equilibrada labor, ha dado siempre el prestigio que nuestra Región merece, acorde con su notable saber profesional, su siempre afable personalidad y el carácter integrador que conviene a los hombres y a las provincias de nuestra Región en este inicio de la nueva convivencia regional.

Cierra, en efecto, esta etapa, la elaboración del Estatuto y su entrega en el Congreso para su tramitación como Ley Orgánica. No es hoy el momento de analizar el contenido del mismo, que ya hemos hecho en otras ocasiones. Baste decir que nuestra Ley Regional Fundamental es lo suficientemente buena para que nuestro proceso autonómico tenga un marco jurídico adecuado para su desarrollo, en una España que inicia un imparable proceso generalizado hacia el estado de las autonomías, que define el título VIII de nuestra Constitución.

En este reflexionar en voz alta y tal vez en un intento de adivinar el futuro de nuestra Región a corto y medio plazo, quiero manifestar mi preocupación, no sólo por las dificultades de Castilla-La Mancha en el plano socioeconómico, sino por la carencia de una adecuada dinámica que pueda hacernos superarlas, al ser consciente del escaso desarrollo del sentimiento regional del pueblo Castellano-Manchego.

Leía hace poco en una seria estadística, que nuestro sentimiento como Región es el último de la tabla nacional y que somos la 2.^a Región más centralista (evidentemente después de Madrid), entre todas las regiones ya configuradas. Y esto hay que saberlo y decirlo con valentía para poderlo corregir y superar. Yo, la verdad, no me explico bien estos resultados. Primero porque el centralismo nos ha perjudicado notablemente, despojando nuestras tierras, haciendo emigrar nuestros mejores cerebros y extrayendo nuestra riqueza en beneficio de otras zonas más desarrolladas del Estado Central. Yo añadiría, si no pareciese excesivamente duro, que la estructura centralista ha sido tremendamente injusta con Castilla-La Mancha, pues esta Región aporta a la renta total nacional el 4,8 por 100 y sólo recibe el 2,77 por 100 de los Presupuestos Generales del Estado. Es decir, nos permitimos el lujo de subvencionar a otras regiones más ricas de la geografía española.

También lamento nuestro escaso sentimiento como región histórica, porque siempre hemos sido una clara demarcación geográfica, históricamente bien definida, y en buena parte una entidad con vida propia, en las áreas económica, militar, étnica y sociológica. Lo que hoy constituye Castilla-La Mancha, antiguo Reino de Toledo que después se llamó Castilla, tiene sus límites territoriales bien definidos, con suficientes y claros fundamentos, que radican en la historia, y se apoyan en bases reales económicas y sociales, e incluso, si se analizan las gentes que poblabon nuestra Región, estas tienen un notable sentido de identidad común.

Nuestra Región es sencillamente la Carpetania, cuyos límites se han mantenido desde Roma hasta nuestros días, pasando por culturas y desarrollos visigodos, musulmanes y castellanos.

Hasta tuvo nuestra Región, en su época de entidad independiente del Reino de Castilla, un Dirigente, Gobernador o Notario Mayor con plena autonomía; gozamos entonces, incluso, de ejercicio propio y hasta acuñamos nuestra propia moneda. Fue esta Región capaz de autoabastecerse económicamente, tanto en lo que a sus necesidades forestales se refiere como a sus necesidades en las áreas de alimentación, minería, agricultura, ganadería, artesanía e industria. ¿De dónde, pues, nuestro sentimiento poco regionalista, cuando hasta la historia caracteriza y define nuestra Región?

Es curioso que en la encuesta que antes mencionaba, nuestro pueblo aparece poco sensible a los dos tipos de regionalismos más caracterizados: El socioeconómico, de que podía ser un ejemplo la Región Andaluza o el cultural del pueblo Catalán o Vasco. Nuestro escaso regionalismo es más bien afectivo y sentimental. Porque sí somos sensibles, sí somos receptivos, sí surge en los Castellano-Manchegos un claro sentimiento de orgullo de pertenecer a nuestra Región. Quizá en nuestro espíritu queda aún, y esperemos que no dormidos del todo, esos orgullosos y nobles vestigios que nacieron a lo largo de nuestra densa historia regional y que deseamos nos den el vigor y la ilusión necesaria para trabajar por mejorar el futuro de esta Comunidad Autónoma que estamos configurando entre todos.

Para pensar qué puede realizarse, cuál puede ser la orientación futura de nuestro camino regional, hemos de ser claramente conscientes de las realidades de nuestra Región: No sólo somos la Región menos poblada de España, sino de toda la Europa comunitaria. Somos la Región española que más población ha perdido en los últimos veinte años: casi 400.000 personas, lo que nos lleva a tener en la actualidad sólo el 4 por 100 de la población española, cifra insignificante en una Región de 80.000 kilómetros cuadrados. Tenemos una población envejecida con una tasa de natalidad muy por debajo de la media nacional. Nuestro crecimiento vegetativo es de los menores de España, junto con Extremadura. Nuestra población activa agraria es casi el doble (33 por 100) de la media nacional; es decir, de cada tres castellano-manchegos uno se dedica a la agricultura y nuestra renta per cápita es sólo el 76 por 100 de la renta nacional, ocupando el último lugar con Andalucía y Extremadura. Y sin dramatizar, pero con realismo, diremos que nuestro nivel de analfabetismo es de los más altos de España, con 121 por 100, frente a la media nacional de 70 por 1.000. Y nuestro paro crece alarmantemente estando en el 12,4 por 100, cifra equivalente a la media nacional, lo que representa un total de 60.000 parados en nuestra Región.

Y estas son las cifras de una realidad regional que, lejos de desanimarnos, tienen que impactarnos lo suficiente para que no escatimemos esfuerzo alguno en mejorar el panorama regional aunque no sea más que por ese sentimiento de orgullo histórico de que nos hablan las encuestas regionales y también, por qué no, como un mecanismo de defensa regional ante los poderosos.

Sin embargo nuestras perspectivas de cara al desarrollo futuro de la Región yo diría que, al menos, a plazo medio y largo, son inmejorables.

Podemos ser en determinados productos agrarios, la gran despensa, no sólo de España, sino de la Europa Comunitaria. Aunque para ello tendríamos que participar más en las industrias de alimentación, pues, por ejemplo, en cereales producimos el 15 por 100 de la producción nacional y sólo se industrializa un 5 por 100. E incluso nuestro sector vinícola, que representa casi la mitad de la producción nacional, se ve notablemente perjudicado al constituirse en materia prima para otras conocidas regiones que le dan su denominación de origen. O nuestro queso manchego, que teniendo una merecida imagen de marca,